

*hijo*. La escasa atención que le merece en estos artículos el perfil de novelista de Alas está en consonancia con el lugar que destinó a Clarín en su libro *El Renacimiento de la novela española en el siglo XIX* (Madrid, Mundo Latino, 1924), donde el autor de *La Regenta* va a parar a un capítulo dedicado a «Los novelistas menores», junto a Alarcón, Jacinto Octavio Picón y Luis Coloma. Un lugar nada adecuado para el autor de la novela española más importante después de *El Quijote*, aunque Andrenio lo justifique señalando «que Alas hubiera podido ser un gran novelista si su actividad literaria no se hubiese empleado principalmente en la crítica»<sup>4</sup>.

#### IV

#### «Aspectos Clarín» (*La Vanguardia*, 25-V-1923)

«El Ateneo ha celebrado una velada literaria en honor de *Clarín*, supongo que con motivo de algún aniversario. A veces el azar es uno de los primeros oficiantes en este culto a los muertos. El Ateneo, no hace mucho, consagró una conferencia nada al de Renán. Sin embargo, el espíritu del Ateneo es más renaniano que pascaliano. Pero dio la casualidad de estar en Madrid un profesor francés, pascaliano. Casualidad, caprichosa como mujer.

En un libro reciente, Adolfo Posada dedica también algunas páginas a *Clarín*. Están en un apartado que se titula: *Mis muertos*. ¡Nuestros muertos! Cuando avanzamos en la vida, vamos llevando dentro un pequeño cementerio: seres queridos, memorias gratas y, sobre todo, partes de nosotros mismos, y más que partes, *yos* pasados, personas que fuimos y que ya no somos. Ese niño retratado en una empalidecida fotografía que se guarda en el álbum de familia, ese mancebo imberbe que figura en la orla de los estudiantes que terminaron la carrera el año..., ¿fui yo? A mí mismo me cuesta trabajo creerlo. En realidad, el niño y el muchacho murieron. El premio de una vida que no ha tenido funciones de fuegos artificiales; uno de esos premios secretos que otorga la vida, es poder pasearse por el cementerio interior con una melancolía serena, sin miedo a la muerte y sin demasiada tristeza.

\* \* \*

<sup>4</sup> *Andrenio*, *El Renacimiento de la novela española en el siglo XIX*, Madrid, Mundo Latino, 1924, p. 93.

Fui amigo de *Clarín* por correspondencia. El estaba en Oviedo, yo en Madrid. La amistad a distancia tiene sus ventajas, ciertos encantos de perspectiva, como esos amores por carta que han nacido entre un *peludo* y una madrina de guerra. La intimidad, el trato frecuente hacen conocer zonas íntimas del hombre que no aprecia el amigo lejano, pero la distancia conserva la perspectiva general de la figura.

Oviedo influyó mucho sobre *Clarín*, no sólo por esa insensible penetración del medio que poco a poco nos va empapando de la ciudad en que vivimos, de su clima moral como de su clima físico, sino por la lejanía de Madrid. Para un hombre del mérito de *Clarín*, Oviedo parecía un destierro. Era un observatorio desde donde podía seguir mejor los sucesos de la república de las letras. Vecindado en la misma república, *Clarín* hubiera perdido su independencia de crítico. El trato humano, la cara sonriente y la mano tendida del amigo a quien vemos en el café o en el casino, he ahí los verdaderos peligros y los grandes enemigos de la independencia. Se necesita ser demasiado atrabiliario y agrio para no sucumbir. El anónimo en literatura, si pudiese estar bien guardado y no hubiese espíritus linceos en el arte de reconocer los estilos, sería la mejor salvaguardia de la independencia. A falta de él, la distancia sirve de algo.

*Clarín* murió hace veintidós años. Ya se le ha empezado a olvidar. Una casa editorial empezó a publicar sus obras completas, ¿qué ha sido de ellas? Hay para el escritor una segunda muerte, de la que resucitan los elegidos para la inmortalidad, palabra pomposa, pero breve, que ahorra muchas explicaciones. Esperemos en la resurrección de *Clarín*.

La posteridad son cincuenta años —decía Sainte Beuve,— son los que han conocido al autor, los que hablan de él. Al contrario, se podría sostener que la posteridad empieza después de los cincuenta años de la muerte, a veces mucho después. La actualidad, que es para el efecto psicológico lo contrario de la posteridad, visión a distancia, de espectador, de historia, no de testigo del suceso, dura mucho menos de cincuenta años.

— ¿Por qué no escribe usted libros? —le preguntan a veces a un escritor.— Los artículos no duran más que un día. —Y los libros, ¿cuánto duran?— podría contestar el interpelado. Mirando las cosas *sub specie eternitatis*, tanto monta el día del artículo como los meses de libro. Convénzame usted de que soy Cervantes y pondré manos a la obra.

\* \* \*

*Clarín* fue el escritor más influyente de su tiempo. Lo fue no por lo mejor de su obra, sino por lo más popular. Rara vez lo más popular es lo mejor en arte. El *vox populi vox Dei* tiene escasas aplicaciones a la estética.

Los *paliques*, las críticas breves de corte satírico, le hicieron temido. Hacía reír y la risa es la más tremenda de las armas. El título de *Palique* era muy apropiado a aquellos artículos ligeros en la forma, profundos a veces, pero sobre todo agudos y perspicaces; eran, efectivamente, un *palique*, una libre conversación con el desenfado y el sabor epigramático de la charla, que no tiene los respetos humanos de la letra impresa. Ahora Eugenio d'Ors llama *paliques* a algunas de sus primorosas miniaturas... pero siguen siendo miniaturas.

La señal más elocuente de la popularidad e influencia de *Clarín* era el prurito que sentían los escritores anónimos de atacarle. No había *luchador* llegado a Madrid, con la esperanza de conquistar la capital y hacerse un hueco en la República de las letras, que no corriese de redacción en redacción con el consabido artículo contra *Clarín*, en el cual artículo iba envuelta la esperanza de que *Clarín* le contestase. ¡Esperanza vana! *Clarín*, generalmente, no hacía caso. Sabía que el mejor medio de desembarazarse de esos disfrazados memoriales literarios era echarlos al cesto.

El episodio trágico-cómico del duelo por cuestiones de literatura le salió al paso alguna vez a *Clarín*. Es uno de los riesgos del satírico y una de las tentaciones que debe vencer el satírico. El señor que espada o pistola en mano intenta demostrar que sabe más gramática de la que le atribuyen, o que conoce a sus clásicos, es, en el fondo, un personaje de sainete. Pero las costumbres hacen, en ocasiones, tomar en serio estos sainetes. *Clarín* se rindió alguna vez a las costumbres. Lo más sencillo y lo más breve es resignarse a admitir el papel en el sainete, aunque el *paso honroso* no altere nuestras ideas sobre la gramática y la sindéresis del esforzado duelista.

Lo más maduro y acabado en la obra de *Clarín* son, para mi gusto, algunos de los *Folletos literarios*. Allí dio su ingenio las mejores flores y el más sabroso fruto otoñal. Son sus obras maestras de estilo, las más ricas en matices, las que alcanzaron con la elegancia en la naturalidad, una ebullición de pensamiento y una finura de expresión que las hace modelos de ensayos. Por ellos fue *Clarín* uno de los mejores ensayistas de su tiempo.

Próximas a los folletos hay que colocar las novelas y los cuentos, «Fracasó en la novela y en el teatro...», dice una reciente historia de la literatura.

¡Así se escribe la historia!

### «Las letras del siglo XIX. *Clarín* y la crítica» (*El Sol*, 24-IV-1925)

No sé dónde he leído, ni me importa, que se piensa dedicar a *Clarín* uno de esos homenajes permanentes con que la posteridad, en la que creía muy

poco el autor de *La Regenta*, consagra el recuerdo de los grandes hombres; en suma, introducirle en la sociedad de las estatuas, de los bustos o de las lápidas. Una estatua en Oviedo, en su *Vetusta*, no me parecería, recuerdo desmesurado para *Clarín*. Menos que él y de un modo menos permanente, sirvieron a la sociedad española algunos grandes hombres, que tienen su mármol o su bronce correspondiente y a veces lo tienen por un accidente profesional, muy ajeno a su voluntad.

En esto la literatura está menos favorecida, pues jamás se ha levantado una estatua a un poeta por haberse muerto de hambre en su buhardilla. Las catástrofes literarias, las de verdad –pues las de los personajes que ficción que crea el poeta, son de todas las clases imaginables–, no pasan de eso: de morirse de hambre, y aun en ello se ha mejorado, puesto que la inanición, en los peores casos, ya va quedándose en anemia.

*Clarín* estuvo libre de estos peligros. Sus obras no le enriquecieron en verdad, pues las Musas en España, no se corren más que a dar el pan nuestro de cada día, si acaso. Tratándose de todo un novelista y todo un crítico como era *Clarín*, todavía se encuentran en las librerías de viejo restos de ediciones de algunos de sus mejores escritos, como los *Folletos literarios*. Pero, además de escritor, *Clarín* era catedrático. En sus primeras oposiciones –creo que fue en las primeras– tuvo la mala fortuna de *oponerse* a un aspirante de mucha cuenta, como que era hijo del ama de cría de Don Alfonso XII. En estas condiciones no había competencia posible, en una época en que los tribunales presentaban ternas al ministro de Fomento, y éste nombraba al que mejor le parecía, *haciendo uso de su derecho*, según decían, especie de *jus*, que el propio *Clarín* comentó en alguna ocasión con mucha gracia. Por fortuna, el número de estos competidores no es ilimitado y no en todas las oposiciones se presentaba uno de ellos, por lo cual *Clarín* pudo entrar en el profesorado, aunque no era hijo más que de su padre y de su madre. El ser profesor, y profesor de una Universidad lejana de la corte, ejerció una influencia favorable en la carrera literaria de *Clarín*. No sólo le libró de los trabajos forzados de las Letras a que obliga la necesidad del pan cotidiano. Le favoreció también manteniéndole alejado del trato de gentes del Parnaso, que obliga a muchas transacciones y somete la independencia del crítico a duras pruebas y a difíciles ejercicios de habilidad, sino ha de portarse como un ogro. Para estos compromisos de sociabilidad hay una prescripción de distancia. La imparcialidad es más fácil en Oviedo que en Madrid, y sería mucho más fácil en Oviedo que en Madrid, y sería mucho más fácil si en la crítica se practicara el voto secreto. *Clarín* en uno de sus folletos literarios: *Un viaje a Madrid*, dice cosas muy oportunas acerca del asunto.

La fama de crítico de *Clarín*, dejó en segundo término al novelista y al cuentista. Sus dos novelas *La Regenta* y *Su único hijo*, pueden ponerse al lado de las obras de los mejores novelistas de la brillante constelación en que figuraban nada menos que Galdós, Pereda, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, D. Juan Valera... Sus cuentos, los de *Clarín*, son de los mejores que se han escrito en lengua castellana, más la crítica crea la ocupación diaria de *Clarín* y fue la parte de su obra que más influyó en la literatura, y esto es lo que imprime carácter. Fuera de la crítica erudita de Menéndez y Pelayo, que en su mayor parte es historia literaria, la labor crítica de *Clarín* es la más importante en las letras españolas del siglo XIX.

Tenía como crítico, además de las condiciones primarias: gusto, lectura, saber, perspicacia y lógica –que también la lógica es necesaria–, el instrumento indispensable para que la crítica llegue a ser popular y amena, y no se reduzca a un peritaje técnico: un estilo flexible, llano, de conversación culta, animado por una gracia satírica, que levantaba ronchas y proporcionó a *Clarín* muchos enemigos. Hubo un período en que el escritor novicio que llegaba de provincias a la corte, ansioso de darse a conocer, lo primero que hacía era escribir un artículo contra *Clarín*. Generalmente no daba resultado, porque *Clarín* no hacía caso y daba al crítico incipiente la más abrumadora de las réplicas: la del silencio.

\* \* \*

Mucho se censuró la acrimonia o mejor dicho la burla con que *Clarín* enjuiciaba los disparates literarios, no sólo en los *Paliques*, sino en los *Folletos literarios*, donde con trozos de doctrina, expuesta con gran elevación y poesía, que poeta a su modo era *Clarín*, alterna lo satírico y epigramático. Punto es éste que produce cierta perplejidad pues si los pecados contra las Musas son por lo general crímenes que en sí mismos llevan su expiación en la indiferencia y el olvido, que es lo que más duele a estos pecadores, hay que considerar, por otra parte, que una policía severa del Parnaso y sus arrabales, algo preserve al gusto de la corrupción y libra a los simples, que son muchos, de comulgar con ruedas de molino. Puede discutirse, sin duda, el modo de ejercer esta policía. Acaso es cuestión de temperamento. Cuando *Clarín*, sin pararse en barras, aconsejaba a un poeta malo que se dedicase al comercio de géneros del reino y ultramarinos, no era más cruel que D. Juan Valera, quien después de echar a otro poeta de la misma clase, algunas flores que por lo excesivas ya inducían a sospecha, le hacía suavemente, con mucha urbanidad, unas cuantas objeciones que dejaban en ridículo al vate, puesto que se traslucía por ellas que el tal carecía

de literatura y, lo que es peor, de sindéresis. La diferencia era que D. Juan operaba con cloroformo. *Clarín* inspiraba pánico. Su crítica era como una Guardia Civil de la literatura dispuesta a *passer à tabac*, digámoslo en francés, no para mayor claridad, sino para mayor suavidad, el presunto delincuente. Esto es siempre excesivo, aunque sea en metáfora, y la crítica de *Clarín*, si no hubiera tenido más que eso, no hubiera sido verdadera crítica, sino sátira epigramática. Pero en ella había más: había gusto, doctrina y sentido de los valores, por lo cual prestó el servicio eminente de enseñar a ver el volumen y la proporción de las cosas literarias. En la vida espiritual de España falta la intuición del tamaño, por decirlo así, y con mucha facilidad de toma a una pulga por un elefante.

Otro servicio muy considerable prestó *Clarín* a las letras: enseñar a escribir, no con las disciplinas, sino con el ejemplo. Fue uno de los escritores que contribuyeron a desterrar el vestido de golilla, del estilo literario; a dar al habla de las Letras la flexibilidad y la vida de un lenguaje humano, quitando al *sermo nobilis* su tiesura, y dándole inyecciones de savia popular, que no viene sólo del habla campesina, generalmente arcaica, sino también del habla media urbana. En esto de las dos lenguas, literaria y vulgar, hay como un flujo y reflujo. La selección por un lado, y por otro las deformaciones jergales, las diferencias de continuo, pero hay que casarlas de cuando en cuando, para que el idioma aristocrático no degenera, por matrimoniar exclusivamente dentro de la familia.